

son incapaces de conmoverse vivamente con otros objetos que con los de sus pasiones, tendrán dificultad en creer que se pueda ser tan sensible á los intereses de la gloria de Dios. Pero los hombres apostólicos, aquellos que han gustado cuan bueno es el Dios de Israel para los que tienen un corazón recto, no hallarán cosa alguna en lo que acaba de decirse que no sea muy conforme á lo que han experimentado en sí mismos en ocasiones semejantes á esta. Sea de esto lo que fuere, estos son los sentimientos, y á poca diferencia las palabras que los historiadores de San Francisco de Sales ponen en su corazón y en su boca, cuando pasó la noche dentro de aquella Iglesia arruinada.

Pero si estos trabajos parecían inútiles con respecto al pueblo de Chablais, no lo eran en lo tocante á la guarnición de los Allinges: su piedad, su celo por la salvación de las almas, y su estremada dulzura le habían adquirido la estimación y la confianza de oficiales y soldados: se servía de ellas para ganarlos para Dios, y hacer reinar entre ellos su temor y su amor: empezó por convertir á la fé católica algunos soldados calvinistas que habían sentado plaza con los otros, y bendiciendo Dios sus desvelos, su conversión fué tan verdadera que cambiaron enteramente de vida, y fueron tan arreglados en sus costumbres, como se habían vuelto en su creencia. Ellos mismos ayudaron á conducir los soldados á una vida mas arreglada.

Tres grandes desórdenes reinaban por entonces entre las gentes de guerra; la blasfemia, los desafíos y la embriaguez. Francisco emprendió el remediarlos, y el éxito sobrepujo á sus esperanzas. Cuentan sus historiadores que arregló tan bien aquella guarnición, que los oficiales y los soldados mas parecían religiosos que militares: no es esto decir, que los encaminase á la práctica de las virtudes que eran ajenas de su profesión: jamas hombre alguno ha sabido mejor que Francisco de Sales di-

rigir á cada uno según su estado. Pero les inspiró tan fuertemente el temor á los juicios de Dios, y les persuadió tan bien que cuanto mas les esponía la profesión de las armas á perder la vida, tanto mas debían hallarse en estado de no temer las funestas consecuencias de una mala muerte, que les cambió en otros hombres, y les inspiró aquella rectitud de corazón y aquella piedad sincera, que bien lejos de ser incompatibles con el denuedo y el valor, no contribuyen poco á aumentarlo y hacerlo resaltar con mucho mayor brillo.

Se vió en aquella ocasión una cosa algo parecida á lo que pasó en tiempo de los Apóstoles en la conversión de los gentiles. Las gentes de guerra fueron los primeros llamados á la fé en la persona de Cornelio capitán de cien hombres, y en las de algunos de sus soldados: queriendo Dios hacer ver con esto que no hay estado que sea incompatible con la santidad. Del mismo modo la conversión del Chablais empezó por la de la guarnición de los Allinges, como si Dios hubiera querido autorizar la misión á Francisco, haciendo que sus progresos fuesen tan conformes con los de la misión de los Apóstoles.

Llegó por fin el día que Dios había destinado para la conversión del Chablais: Ginebra se opuso á ella por medio de sus emisarios; y los ministros calvinistas opusieron en vano mil obstáculos para que no llegase á efecto con sus maquinaciones, calumnias y pláticas sediciosas. Pero no hay fuerza ni consejo que pueda impedir la ejecución de lo que el Señor ha resuelto una vez; y el medio de que se vale sobre los corazones obtiene tanto mas infaliblemente el efecto, cuanto que viniendo de una causa Todopoderosa, no deja de acomodarse con su libertad.

Por prevenidos que estuviesen contra Francisco los habitantes de Tonon, no dejaba por eso de admirarles su piedad, su dulzura, su invencible paciencia y aquel infatigable celo por la salvación de las almas. En vano

los ministros calvinistas atribuian todo lo que hacia á una ambicion oculta que se dirigia á sus fines por un camino áspero á la verdad, pero que conducia á ellos tanto mas infaliblemente, quanto mas parecia que se alejaba de ellos: el ruido de su virtud, su desinteres, y aun el mismo poco cuidado que tenia de refutar las calumnias con que se esforzaban en denigrarle: el apoyo del Príncipe con que contaba, y de que se valia tan poco: su confianza en Dios que parecia fuese su única esperanza: la inocencia y la sencillez de sus acciones, tan distantes de las miras y pretensiones humanas, hablaban tan claramente en su favor, que los mas endurecidos no pudieron menos de escucharle.

Por otra parte, como los oficiales y soldados de la guarnicion de los Allinges iban tan á menudo á Tonon, hablaban de su virtud y de sus eminentes cualidades con una libertad que era imposible impedir. Pero su conducta hacia su elogio de un modo mucho mas convincente. En lugar de aquella licencia desenfrenada, de aquel libertinage de que se gloriaban anteriormente, de las blasfemias que causaban horror, y de los desafíos tan frecuentes que arrebatában á Dios tantas almas, y tantos buenos vasallos al Príncipe y al estado, se les veia moderados en sus discursos, modestos en sus acciones, dulces, justos, sumisos á las leyes, y tanto mas exactos en el cumplimiento de su deber, quanto que obraban por motivos mas puros y elevados; y que hacian por conciencia lo que hasta entonces no habian hecho sino por un respeto puramente humano. No se podia menos de admirar este cambio en donde se veia tan claramente la mano del Todopoderoso. Pero tampoco se podia menos de apreciar el instrumento de que Dios se habia servido para producirlo. Asi era como preparaba los corazones en favor de su siervo, y le abria el camino á las grandes empresas que vamos á contar.

En efecto, habiendo notado Francisco que la aver-

sion que le tenia el pueblo de Chablais, disminuía diariamente, y que no se evitaba el encontrarle con tanto cuidado, creyó que podia ir á las casas de los particulares á hacerles visitas de atencion; no hablaba en ellas sino de cosas indiferentes y se contentaba con acostumbrarlos insensiblemente á que oyesen sin disgusto su conversacion. Ello es cierto, que su estremada dulzura la hacia tan amena, que en oyéndole, no era fácil resistir á sus razones. Se estaba prevenido en su favor desde que abria la boca, y ganaba al mismo tiempo la estimacion y el aprecio de los que visitaba sin que fuesen dueños de poder obrar de otro modo. Los modales bruscos y dominantes de los ministros contribuian á hacer resaltar los suyos, y la dureza con que le trataban, cuando se encontraban con él, y las injurias de que le colmaban, no servian sino de hacer brillar mas su moderacion y dulzura, y de adquirirle una nueva estimacion en los espíritus de aquellos, que todos los dias eran testigos de los arrebatos de sus contrarios y de la paciencia con que él los sufría.

Estaban las cosas en este estado, cuando vinieron á decir á Francisco, que dos caballeros conocidos suyos acababan de salir de la ciudad al campo para batirse en desafio. Corrió al instante al sitio con aquel celo que nunca le abandonaba. Estaban ya dándose terribles golpes, y el furor que se veia retratado en sus semblantes no dejaba lugar á dudar que aquel combate no terminaria sino con la muerte del uno de los dos combatientes ó tal vez con la de los dos. Francisco los separó con esposicion de su vida, y supo representarles tan vivamente la enormidad de aquellas peleas particulares que igualmente condenan las leyes divinas y humanas, y el peligro á que se habian puesto de perderse eternamente por un punto de honor mal entendido, que los reconcilió allí mismo, y les obligó á que se abrazasen. Pero la gracia que Dios habia como vinculado á su ministe-

rio, hizo aun alguna cosa mas, cambiándolos en otros hombres. Los dos hicieron con él una confesion general de sus pecados y mudaron enteramente de vida. El uno de ellos en particular mas vivamente conmovido que el otro, abandonó el mundo, y se retiró á una casa de campo bastante hermosa que tenia cerca de Tonon. Esto era todo lo que le habia quedado de sus bienes.

Alli, desengañado de todos aquellos vanos objetos, por los que tantas veces habia estado á pique de perder su alma, repasaba en la amargura de su corazon aquellos dias desgraciados que habia pasado en el abandono de Dios, y en el olvido casi total de su salvacion. Francisco, que le habia ganado para Dios, y que era el que le habia aconsejado aquel retiro no le perdía de vista, é iba á visitarle todos los dias. Sabía que las personas recién convertidas tienen necesidad como los árboles jóvenes de ser cultivados con mas esmero, y que casi siempre es peligroso el dejarlos abandonados á sí mismos. Pero lo que hubo en esto de particular fué que le infundió una virtud parecida á la que él profesaba. De soberbio, vengativo y arrebatado, se volvió dulce, sufrido, condescendiente y atento. Como era ya algo entrado en edad le fué preciso para esto vencer hábitos inveterados; sin embargo la práctica de las virtudes contrarias á su temperamento é inclinaciones parecia serle tan natural, que no se notaba en él que se hiciese violencia al practicarlas.

Como aquel caballero habia servido mucho tiempo en el ejército con grande reputacion, y habia adquirido en él aquella esperiencia tan necesaria en la mayor parte de los negocios de la vida civil, la nobleza de los alrededores, y las personas mas visibles de Tonon le visitaban con mucha frecuencia. Les hablaba á estos mostrándose muy reconocido á la gracia que Dios le habia hecho, manifestando tambien un particular aprecio á Francisco, que era el instrumento de que el Señor se ha-

bia servido para retirarle de sus estravíos: semejantes conversaciones hacian entrar á los que las escuchaban en ganas de conocer á Francisco y de hablar con él. Francisco ayudaba sus intentos; y apoyando el mismo Dios sus santas intenciones, se volvió aquella casa el punto de reunion de todos aquellos á quienes habia tocado el Señor en el corazon.

Francisco empezó á tener en aquella casa conferencias arregladas. Hizo convenir desde el principio á la reunion, en que el cisma era uno de los mayores males que podian suceder á la Iglesia: que nunca podia haber razones poderosas para separarse de ella, y que esto solo era capaz de perder para siempre á los que habian sido los autores de la separacion, á los que los habian seguido, y á los que permanecian apartados todavía del gremio de la Iglesia: que si aquellos que habian sido los primeros en salir del seno de la Iglesia católica habian cometido una falta, los que no habian hecho sino seguirles estaban obligados á volver á entrar en ella, y que no habia ni intereses temporales, ni relaciones, ni contemplaciones humanas, ni aprecio á sus Pastores, ni ternura hácia aquellos que habian mirado hasta entonces como hermanos suyos, ni temores ni amenazas, ni malos tratamientos, que pudiesen dispensarles de esta obligacion.

Sostuvo en seguida que no les sucedia á ellos con respecto á la Iglesia católica como á las otras sociedades que hacen profesion de creer en Jesucristo: que sus padres habian vivido en el catolicismo, y en él habian muerto: que muchos de entre ellos mismos habian recibido el bautismo: que ellos habian sido criados y educados en su seno y que le eran deudores de las sagradas Escrituras que ella les habia conservado y puesto en sus manos: añadió, que él no queria hacer valer ni la estension, ni la antigüedad, ni la sucesion del ministerio, que eran sin embargo señales tan esenciales de la

verdadera Iglesia; pero que ellos no podían negar que había una crueldad estremada en condenar á las llamas eternas sin conocimiento de causa á aquellos de quienes habían recibido la existencia, y una injusticia manifiesta en pronunciarse sin oírlos contra una Iglesia con quien á pesar del odio que la profesaban, tenían tan grandes obligaciones.

Que esto era tanto mas injusto, cuanto que aquella Iglesia se lamentaba altamente del agravio que se le hacía, que se la acusaba sin fundamento de haber alterado el depósito de la fé y abandonado la creencia de sus padres, y que se hacían de ella tan horrorosas pinturas que la desfiguraban y hacían que sus hijos la desconociesen: que él estaba pronto á vindicarla hasta la última evidencia, y de un modo que convenciese aun á las personas mas ignorantes, puesto que no necesitaba para esto sino esponer pura y sencillamente su verdadera doctrina.

Como lo que Francisco de Sales trataba de persuadirles era tan justo, fué escuchado con la mayor detencion; se aprovechó de ella, y prosiguiendo su discurso, les dijo, que hacía mucho tiempo que se acusaba á la Iglesia católica de ser idólatra, de destruir la mediación y la satisfacción de Jesucristo, y de rendir á los santos, á sus imágenes y reliquias, un culto que no les era debido. Los que asistían á la conferencia convinieron en que estos eran en efecto los principales motivos de su separacion. Francisco de Sales replicó, que no se necesitaban menores para autorizar un cisma que había causado tantas revoluciones, hecho verter tanta sangre, y cuyas consecuencias habían sido tan funestas; pero que por desgracia de los que lo habían promovido, sus acusaciones eran falsas, y la Iglesia católica no era culpable en todos aquellos cargos. Que para vencerse de esto no era menester mas sino aprender sus verdaderos sentimientos sobre aquellos puntos, no de

sus enemigos, cuyo principal objeto era el desfigurarla, sino de ella misma.

Que él les declaraba en su nombre, y estaba pronto á sellarlo con su sangre, que la Iglesia católica no adoraba mas que á un solo Dios, Criador y Señor de todas las cosas: que hacía consistir aquella adoracion principalmente en creer con una fé constante, humilde y sumisa, lo que el Señor se ha dignado revelarnos: en unirnos á él por la esperanza, y en amarle sobre todas las cosas con todas las potencias de nuestra alma como á solo y verdadero bien, y que puede solo con su posesion hacer nuestra eterna felicidad: que la Iglesia miraba todo lo que no era Dios como unos seres limitados y dependientes, que todo lo habían recibido de él, y que bien lejos de creer que fuese permitido usar de la adoracion que á solo Dios es debida, con respecto á cualquiera otra cosa, fuese de la clase que fuese, la Iglesia católica la condenaba como una abominable iniquidad.

En cuanto á la mediacion de Jesucristo, les dijo, que la Iglesia católica muy lejos de destruirla, hacía profesion de debérselo todo, que no creía tener vida, ni esperanza sino en Jesucristo solo: que todo lo pedía, todo lo esperaba, y de todo daba gracias por él mismo; y que ponía toda la esperanza de su salvacion en aquel mediador entre Dios y los hombres. Añadió, que ademas creía, que todos nuestros pecados nos son perdonados por una pura misericordia de Dios por respeto de Jesucristo: que nosotros debemos á una liberalidad enteramente gratuita la justicia que está en nosotros por el Espíritu Santo: que todas las buenas obras que hacemos, son otros tantos dones de su gloria: que la vida eterna debe proponerse á los fieles como una gracia, que se les ha prometido misericordiosamente por medio de Jesucristo, Salvador y Redentor de todos los hombres, y como un premio que se da fielmente á las buenas obras en virtud de aquella promesa. Que la Iglesia católica en-

señaba al mismo tiempo que aquellas buenas obras son dones de Dios, que nada podemos por nosotros mismos, pero que todo lo podemos en aquel, que nos fortifica, y que toda nuestra confianza debe estar en Jesucristo.

Jamas ha habido una sorpresa semejante á la que experimentaron los calvinistas, que asistian á aquella conferencia: habian oido toda su vida atribuir á la Iglesia católica sentimientos muy diferentes de aquellos, que Francisco protestaba que eran los suyos: ellos habian oido acusarla por sus ministros de tributar á las criaturas un culto que no era debido sino á Dios; de destruir la mediacion de Jesucristo, dándole coadjutores cerca de Dios; de elevar demasiado el libre alvedrío á espensas de la gracia, y de debilitar la satisfaccion del Salvador por la doctrina que enseñaban de la necesidad de las buenas obras para lograr la salvacion.

Pero su admiracion fué mucho mayor, cuando Francisco añadió, que la Iglesia católica enseñaba tambien que Jesucristo Dios y hombre era el solo capaz por su dignidad infinita, de ofrecer á Dios una satisfaccion suficiente por nuestros pecados: que aquella satisfaccion era infinita: que el Salvador habia pagado todo el precio de nuestro rescate: que nada faltaba á aquel precio, puesto que era infinito y que las reservas de las penas que hace en la penitencia, no provienen de ningun defecto en el pago, sino de un orden que ha establecido para contener á los hombres en su deber con justos recelos, con una satisfaccion proporcionada á los escándalos que pudieran dar, y con una saludable disciplina.

Esta última aclaracion acabó de dar á los que asistian á la conferencia ideas enteramente distintas de las que hasta entonces habian tenido de la Iglesia católica; empezaron á creer que se la hacia agravio: que sus ministros ó no estaban bastante instruidos de sus sentimientos, ó tenian algun interes en desfigurarlos; y que no seria mas difícil destruir sus calumnias sobre los otros puntos

que se habian propuesto, que lo habia sido refutar aquellos que se les acababan de aclarar. Pero Francisco, que no queria cargarles demasiado la memoria, guardó para otra conferencia la aclaracion que les habia prometido sobre los otros cargos que se habia hecho él mismo: así terminó aquella reunion. Fué seguida despues de muchas otras que tuvieron un éxito no menos ventajoso.

Entretanto habiéndose estendido la noticia de aquellas reuniones en Ginebra, en Tonon y en todo el Chablais, se dividieron mucho las opiniones sobre el modo con que habia explicado Francisco la doctrina de la Iglesia católica: decían los unos, que la comunicacion que habia tenido con los calvinistas le habia dado mejores sentimientos, y que con el tiempo podria convenir enteramente con los de estos: otros pretendian que no habia explicado fielmente los sentimientos de su Iglesia, y que si llegaba á hacerse público lo que habia propuesto, quedaria desacreditado; y otros querian que el deseo de hacer conversiones, y de adquirirse reputacion con los de su partido, le habia conducido á disfrazar sus sentimientos, y á acercarse en cuanto le habia sido posible á la doctrina de los pretendidos reformados: é insistian como todos los demas, en que nunca se atreveria á sostener en público lo que habia sentado en aquellas reuniones particulares en presencia de un corto número de testigos ganados y prevenidos á su favor. Pero lo que era mas particular es, que aun los mas hábiles de entre los ministros, ó sabian tan poco de los sentimientos de la Iglesia católica, ó estaban tan fuertemente prevenidos contra ella, que no podian ó no querian reconocer su doctrina en lo que Francisco de Sales habia sentado; prueba cierta de que el espíritu de partido, la prevencion y la animosidad tienen mas parte que otra cosa en las discusiones, que reinan entre nosotros, y que si los pretendidos reformados amasen sinceramente la paz de la Iglesia, pronto estaríamos acordes.

Habiendo sabido Francisco lo que se decía de sus conferencias y de sus sentimientos, creyó que estaba en obligación de responder, temeroso de que su silencio interpretado en mal sentido, produjese alguna impresión perjudicial en el espíritu de los débiles. Esto fué lo que le movió á publicar un escrito sobre lo que habia pasado en las reuniones, que se habian celebrado hasta entonces.

Hacia ver en él con su ordinaria dulzura, que no era propio, ni de la fidelidad que debía á su ministerio, ni de su caracter particular, el alterar la doctrina de la Iglesia católica, ni el disfrazar sus sentimientos: que el modo con que habia vivido en medio de ellos debía haberles hecho concebir mejor opinion de su buena fé: que él deseaba en verdad con mucha ansia su vuelta á la Iglesia católica, pero que este deseo no llegaria jamas hasta hacerle ser un prevaricador, ni le obligaria tampoco á valerse de medios ilícitos para procurarla: que en consecuencia de esto, él habia espuesto la fé de la Iglesia católica, no tan solo segun sus propios sentimientos, ó segun los de algunos doctores particulares, sino los del Concilio de Trento: que no se le podia acusar al Concilio de no haber sabido la doctrina de la Iglesia católica á quien representaba, ni de haberla alterado ó falsificado: que tampoco se podia hacer cargo á la Iglesia de que no seguia la doctrina de aquel Concilio, puesto que una parte del odio, que los pretendidos reformados la profesaban, provenia de la profesion pública, que ella hacia de atenerse á lo que aquel habia decidido: que no se podia pues negar que habia esplicado la doctrina católica con toda la fidelidad y exactitud posibles; pero que ellos mismos debian confesar de buena fé, que lo que les habia hecho desconocer aquella doctrina, era que no la conocian sino por las horrosas pinturas que de ella les habian hecho: que acostumbrados á la forma terrible que se la daba en sus ser-

mones, no la reconocian, cuando se les hacia ver en la suya propia: que cuanto mas se les presentaba en toda su pureza, mas se obstinaban ellos en decir que se les cambiaba, que se les desfiguraba, y que creian que se convenia con ellos cuando se les desengañaba de las prevenciones que tenian contra el catolicismo.

Despues de esta especie de introduccion esponia la doctrina católica sobre la adoracion debida á solo Dios, y sobre la mediacion y satisfaccion de Jesucristo, del modo que acaba de contarse, y citaba los lugares del Concilio de Trento que justificaban lo que él habia propuesto, á fin de que pudiesen comprobarlos ellos mismos, y dejasen de acusarle de haber disfrazado ó alterado los sentimientos de la Iglesia, como tambien de pretender que se desconceptuaria en su comunión, como si hubiese esplicado mal su doctrina.

Explicaba despues con la misma fidelidad lo que la Iglesia católica cree sobre la intercesion é invocacion de los santos, y sobre el honor que rinde á sus imágenes y reliquias. Decia con este motivo que la Iglesia católica hacia profesion de creer que los santos que reinan con Jesucristo, bien lejos de haber perdido algo de aquella caridad que les obligó á rogar por la Iglesia mientras vivieron sobre la tierra, se hallaban en el estado de una caridad consumada, ofreciendo sus ruegos por nosotros; pero que los ofrecian por medio de Jesucristo: que ella les rogaba con el mismo espíritu, que nosotros rogamos á nuestros hermanos que están sobre la tierra, que rueguen con nosotros y por nosotros á nuestro comun Señor, en nombre de nuestro comun mediador que es Jesucristo: que cuando ella se dirige á Dios le dice, *tened piedad de nosotros, escuchadnos*; en lugar de que dirijiéndose á los santos se contenta con decir, *rogad por nosotros*: que sean cuales fueren los términos en que esten concebidas las oraciones que les dirige, no tratan de que tengan otro sentido que el que está

contenido en aquellas palabras, *rogad por nosotros*. Que muy lejos de que este modo de orar trasladase á las criaturas lo que Dios se ha reservado para sí, jamas podia dirigirse al ser independiente, que si aquellas palabras dirigidas á los santos, *rogad por nosotros*, disminuian la confianza que se debe tener en Dios, no hubiera dicho San Pablo con tanta frecuencia: *hermanos míos rogad por nosotros*, puesto que no hubiera sido menos reprehensible el usarlas con respecto á los vivos, que lo seria con respecto á los muertos.

Que por lo demas la Iglesia católica no atribuye á los santos ni la inmensidad, ni el conocimiento de los secretos de los corazones, ni ninguna de las perfecciones divinas, como hacian los idólatras y como falsamente era acusada de hacerlo: que ella creia solamente que Dios les hacia ver nuestras necesidades y nuestras oraciones, ó del modo con que descubrió á los Profetas las cosas futuras, cuyo conocimiento pertenece á Dios esclusivamente, ó de algun otro modo cuyo conocimiento se ha reservado el Señor, y sobre el que nada esplica la Iglesia católica; pero que esta reconoce constantemente que los santos no tienen ventaja alguna, ni conocimiento de las cosas humanas, ni el poder de asistirnos con sus oraciones, sino en cuanto es la voluntad de Dios el comunicársele: que despues de tal declaracion no se la podia acusar de ser idólatra en el culto que tributa á los santos.

Por lo que respeta á las imágenes citaba Francisco las palabras espresas del Concilio de Trento, que prohibe reconocer en ellas alguna divinidad ó virtud, por la cual se les deba reverenciar, que se les pida gracia alguna, y que se ponga en ellas toda la confianza, y quiere que todo el honor que se les rinda se refiera á los originales que representan, asi como el de los mismos originales debe referirse á Dios que los ha santificado y glorificado, pues que él es el fin y el objeto principal de todo el culto religioso.

Añadia, que los pretendidos reformados, no podrian

menos de convenir con él, que Dios no prohibia el uso de toda clase de imágenes, sino solamente el de aquellas que se hacian *para figurar á Dios, ó para demostrarle presente*, y de las que se sirven en este sentido como si estuviesen llenas de virtud y de divinidad: sostenia que la Iglesia católica no permitia el uso de las de esta especie: que ella no trataba de representar á Dios como es en sí, un ser espiritual, invisible, é infinito, y que por consiguiente no puede ser representado; pero que creia poderle esponer inocentemente á los ojos de los fieles bajo las diversas formas con que él mismo ha tenido á bien aparecerse á los ojos de los Profetas: que en una palabra la Iglesia católica no adoraba las imágenes, pero que se servia de ellas para elevarnos á los originales que representan, y que estos sentimientos la distinguian tanto de los idólatras, que no se podia confundirla con ellos, sin que se la hiciese una injusticia.

En cuanto á la reverencia que la Iglesia rinde á las reliquias de los santos, decia Francisco, que su origen era tan antiguo, que se habia practicado en la Iglesia desde los primeros siglos tan constante y universalmente, que habia sido autorizado por Dios con milagros tan ruidosos y ciertos, cuales son los que refiere San Agustin, habiéndolo sido testigo ocular de ellos, que no se podia condenarle sin temeridad: que por lo demas este honor estaba tan lejos de apartarnos del culto que debemos á solo Dios, que nosotros no miramos las reliquias sino como restos preciosos de los cuerpos, que como dice el Apostol San Pablo, han llevado y glorificado á Dios.

En fin Francisco ofrecia justificar á la Iglesia católica con la misma evidencia sobre todos los puntos contestados, ó por escrito, ó en conferencias arregladas á eleccion de los ministros, y les rogaba que leyesen aquel escrito sin inquietarse, y con el mismo espíritu de caridad que le habia obligado á él á componerle.

Pero ellos estaban muy lejos de aquellas disposiciones

tan pacíficas: no se contentaron con volver á renovar las antiguas calumnias y añadir otras nuevas: trataron de asesinar al caballero que habia prestado su casa á Francisco para tener las conferencias de que se ha hablado, con la idea de privar á los demas con aquel terrible escarmiento, que contrajesen con él semejantes amistades. Un caballero calvinista pariente suyo cegado de un falso celo por su Religion se encargó de la ejecucion de este asesinato. Es muy probable que no concibió este designio sin que otros lo supiesen, puesto que avisaron al caballero de lo que se trataba. Le aconsejaban que tomase precauciones capaces de hacerle superior á su enemigo, y no faltaban amigos suyos que hubieran acudido á su socorro al menor aviso que les hubiese dado del peligro que le amenazaba; pero él respondió, que si su contrario venia solo no tenia necesidad de socorro para defenderse; y que si venia acompañado siempre le quedaria bastante tiempo para tomar sus medidas. El dia despues de haberle dado el aviso fué á su casa el caballero calvinista con toda la apariencia de un amigo que no trata sino de divertirse: estaba solo, y no parecia que llevase otras armas que su espada. El católico le recibió con la dulzura y buena crianza acostumbradas: pasaron juntos el resto del dia, y el calvinista no se propasó en lo mas mínimo, bien sea porque sintiese poner en ejecucion un crimen tan vergonzoso para un caballero, ó bien porque no halló ocasion favorable para ejecutar su malvado intento.

Al dia siguiente el caballero católico que queria hablarle con libertad, le convidó á pasear por el campo: salieron solos, y habiéndole conducido el católico á un sitio en donde no temia que les interrumpiesen, le declaró que sabia su designio: el calvinista perdió el color; pero el católico le aseguró que nada tenia que temer de su resentimiento, que si la Religion calvinista le conducia á asesinar á sus parientes y amigos, la católica le

obligaba á él á perdonar á sus mayores enemigos á imitacion de Jesucristo. Dicho esto le abrazó con tal cariño, que acabó de confundir al calvinista: le confesó éste su mala intencion, le pidió perdon, y le aseguró que en adelante no tendria otro amigo mejor que él.

Pero el tiempo de las misericordias de Dios habia llegado para aquel caballero, y la misma gracia que habia hecho en otro tiempo el mas celoso de los Apóstoles del mas furioso perseguidor de la Iglesia, obrando dentro de su corazon, hizo que pidiese él mismo el hablar á Francisco: aquel santo hombre acabó en sus conversaciones particulares lo que el ejemplo del caballero católico habia principiado: abjuró sus errores el calvinista, y se convirtió en un defensor tan celoso de la Religion católica como antes lo habia sido del calvinismo.

La conversion de aquel caballero hizo tanto mas ruido en Tonon, cuanto que todos sabian que era partidario del calvinismo hasta el extremo de dejarse arrastrar á las mayores violencias para sostenerlo, y no se podia concebir como habia podido pasar de repente de un extremo á otro. Los que todo lo atribuyen á los medios humanos, y que ignoraban la fuerza que la gracia de Dios habia como vinculado al ministerio de Francisco, publicaban que habia sido ganado á fuerza de promesas, y otros querian que se le hubiese dado una suma considerable de dinero; pero estos rumores hacian tanta menor impresion, cuanto que se sabia que Francisco hacia aquella mision á sus espensas, y que las limosnas que daba á los nuevos católicos le reducian bastante á menudo á carecer de lo necesario.

Pero si esta conversion hacia mucho ruido en el Chablais, aun hacia mucho mas el escrito que Francisco acababa de publicar. Se veia justificada en él la doctrina de la Iglesia católica de una manera tan clara que no era posible replicar: porque en fin para esto hubiera sido necesario probar, ó que el Concilio de Trento

la habia ignorado, ó que Francisco la habia citado mal ó falsificado, ó que la Iglesia católica no seguia los sentimientos de aquel Concilio: pero estas réplicas tenian tan poco fundamento que los mismos ministros no creyeron deber servirse de ellas. Entretanto su silencio hacia una impresion tan perjudicial al calvinismo en el espíritu de los pueblos, que era cada día el objeto de nuevas conversaciones: estas no eran ya tan secretas, y casi no se escondian las gentes de ir á escuchar á Francisco: los amigos llevaban á los amigos, los padres á los hijos, los amos á los criados, y los del campo venian espresamente á Tonon para asistir á sus sermones. Aquellos progresos aturdián tanto mas á los calvinistas, quanto mayor era el celo que los nuevos católicos manifestaban por la conservacion de Francisco, á cuya vida ya no era tan fácil atentar. Con todo no dejaron de intentarlo: ganaron al efecto dos asesinos, se les dió una parte del dinero en que se habian convenido, prometiendo entregarles lo restante despues de la ejecucion, y concertaron con ellos que lo asesinarían en el camino de los Allinges, cuando se volviese allí desde Tonon. Pero como Francisco tenia partidarios, que no eran conocidos entre los calvinistas, no fué tan secreto este complot, que no fuesen sabedores de él los nuevos católicos. Los unos le lloraban ya como muerto, los otros deliberaban sobre los medios de salvarle; pero unos y otros estaban persuadidos de que por mas precauciones que se tomasen, los calvinistas le inmolarían al fin á su odio y á la seguridad de su Religion.

Poseidos de aquellos tristes presentimientos fueron á encontrarle, y le hicieron saber con las lágrimas en los ojos el riesgo á que estaba espuesto. Pero Francisco les habló con tanta fuerza y unción de la confianza en Dios, de la gloria y de la dicha del martirio, que les llenó de aquel consuelo de que estaba penetrado él mismo en medio de tantos peligros que le rodeaban. Admitió

sin embargo la oferta, que algunos de ellos le hicieron de acompañarle hasta los Allinges: marcharon juntos de Tonon, pero apenas habian entrado en un bosque por donde indispensablemente tenian que pasar, cuando los dos asesinos salieron de entre las matas donde estaban escondidos, y le acometieron con las espadas desenvainadas. Francisco no perdió lo más mínimo de su serenidad ordinaria en aquel grande peligro, prohibió á los que le acompañaban que se sirviesen de sus armas, y adelantándose hacia los asesinos con aquella tranquilidad y dulzura que jamas le abandonaban, les dijo: *vosotros os equivocais amigos míos, segun parece: vosotros no quereis á un hombre, que muy lejos de haberos ofendido daria la vida por vosotros con todo su corazon.*

Estas palabras calmaron al momento la rabia, de que aquellos furiosos estaban poseidos: quedaron un rato inmóviles, y echándose despues á sus pies, le pidieron perdón, y le prometieron que en adelante no tendria servidores mas fieles que ellos ni mas dispuestos á acompañarle á todas partes. Francisco los levantó, los abrazó afectuosamente, y les aconsejó que se alejasen de allí para evitar la persecucion del gobernador de la provincia, que no usaria de tanta indulgencia con ellos, si llegaban á caer en sus manos. Los que acompañaban á Francisco, que atribuian el fingido arrepentimiento de aquellos malvados á la imposibilidad en que se habian visto, de ejecutar su depravado intento en presencia de tantos testigos, no podian llevar con paciencia que se viesen salvos á tan poca costa: se hallaban con fuerzas suficientes para prenderlos, y querian de todos modos conducirlos á los Allinges, y ponerlos en manos del gobernador. El criado de Francisco era el que estaba mas acalorado, y se empeñaba en hacer presente á su amo que todos los dias se verian espuestos á semejantes atentados si quedaba aquel sin castigo; pero Fran-

cisco valiéndose de toda su autoridad, quiso absolutamente que se les dejase marchar, y aun le prohibió que volviese á hablar de aquel lance.

Pero habiendo llegado á los Allinges no se consideró el criado en obligacion de obedecerle, y contó todo lo que habia pasado al Baron de Hermance. Sacó de esto el gobernador en conclusion que seria hacer un desprecio de su autoridad, si permitia que se cometiesen semejantes atentados á la vista de su fortaleza, ó por decirlo así delante de sus mismos ojos: ya iba á mandar que saliese un destacamento á correr en busca de aquellos asesinos, y que se los trajesen muertos ó vivos; pero Francisco á quien no podia negar cosa alguna de las que le pidiese, se opuso tan fuertemente á ello, que tuvo que cerrar los ojos á un atentado, que podia á la verdad haber tenido consecuencias terribles. Con todo fué con una condicion que juzgaba absolutamente necesaria, y á la que Francisco no dejó tambien de resistirse: esta era que no iria ni vendria mas á Tonon sin llevar consigo una escolta. Francisco se opuso, pero inútilmente; el Baron quiso resueltamente que un sargento y seis soldados bien armados le acompañasen á todas partes. Ellos lo hicieron así á pesar de Francisco; pero este que no podia sufrir aquellas precauciones, no estuvo mucho tiempo sin encontrar el medio de deshacerse de su comitiva.

Propuso al Baron el intento que tenia de fijarse de asiento en Tonon: decia para apoyar su plan que este era el único medio de evitarle la incomodidad de andar todos los dias dos leguas largas, y muchas veces en medio de un tiempo muy malo; y que así emplearia con mas utilidad el que tenia que gastar en el camino: que los nuevos católicos lo deseaban: que estando continuamente allí podria aprovechar muchas ocasiones, que tal vez se malograban con su ausencia; que por las noches podian morir algunos católicos: que tendria un

continuo remordimiento de no haber podido asistirles, cuando mayor necesidad tenian de su socorro: que los dias no daban bastante tiempo para instruir á los que se presentaban á solicitarlo; y que alguno tendria reparo en ir á encontrarle durante el dia, que no lo tendria en ir á su casa á verle por la noche.

Por plausibles que pareciesen los motivos que alegaba Francisco, el Baron no fué de su parecer, y le hizo presente el peligro en que se ponía, encerrándose por la noche dentro de Tonon: que esto era entregarse á discrecion á los calvinistas cuyo odio le era tan conocido: que si habian intentado el asesinarle de dia, la noche no serviria sino de hacerlos mas atrevidos: que los nuevos católicos eran muy débiles para defenderle, ó que si se atrevian á hacerlo serian envueltos infaliblemente por el gran número de hereges que tendrian la mayor satisfaccion en que se les presentase aquella ocasion de vengarse de ellos: que habiéndole tomado el Duque de Saboya bajo su proteccion, nada podia sucederle desagradable en que su autoridad no se viese comprometida: que podrian llegar las cosas tan adelante que ocasionasen la ruina de Tonon: que el tiempo lo pondria todo en el punto que se podia apetecer; y que afanándose menos, se fundaria con mas solidez. El Baron añadió aun muchas reflexiones políticas relativas á la vecindad de Ginebra y de los suizos, con quienes el Duque no queria romper, y cuyas armas era preciso evitar á todo trance el atraerlas sobre el pais.

Pero Francisco, que aceptando la mision del Chablais habia abandonado enteramente su vida á los cuidados de la Providencia, y que estaba ademas lleno de confianza en Dios, y en el inmenso poder de su gracia, le prometió manejar los negocios con tanta dulzura y circunspeccion, que no llegase á suceder alguno de los contratiempos que él creía que podian temerse. El Baron hizo aun algunas instancias; pero en fin movido de

la fatiga que tenia Francisco de ir y volver todos los dias desde Tonon, consintió en que fuese á establecerse alli, y escribió nuevamente á los magistrados haciéndoles responsables de cualquier desgracia que pudiera sucederle.

Los católicos recibieron á Francisco con una alegría que no es fácil explicar: el respeto, la estimacion y la confianza que en él tenian, no podian ser mayores: le miraban como un hombre verdaderamente apostólico, lleno de gracias y de fortaleza, totalmente desprendido de todos los respetos humanos, y que no atendia á otra cosa que á la gloria de Dios, y á la salvacion de sus almas. Francisco por su parte sostenia su ministerio de una manera digna de Dios, como dice el Apostol: nada escapaba á su caridad y á sus desvelos: empleaba los dias en la instruccion, en las conferencias, en visitar á los pobres y enfermos, y las noches en el estudio, en la oracion y en la reconciliacion de los pecadores. Su vida apoyaba sus sermones, y estos acababan lo que los buenos ejemplos habian empezado.

Un método de vida tan apostólico obtuvo el fruto, con que Dios bendijo la mision de los Apóstoles: no habia cosa que mas se pareciese á la Iglesia naciente que su pequeña Iglesia de Tonon: la misma caridad con los hermanos, el mismo celo por la fé, y una pureza enteramente parecida en las costumbres: porque en fin Francisco hacia poco caso de que abjurasen sus errores si no cambiaban enteramente de vida, si la gracia no sobreabundaba en donde habia abundado el pecado; y la bendicion que Dios habia concedido á su ministerio, le conducia siempre á iluminar los entendimientos y á mudar los corazones. Pero nada chocaba mas á los hereges, que no estaban enteramente empedernidos en sus errores, que el modo con que eran socorridos los pobres y los enfermos. Francisco empleaba en su socorro todo cuanto tenia para mantenerse: de suerte que

despues de haber alimentado á los otros, se veía obligado él mismo muy á menudo á padecer necesidad. Instaba sin cesar á sus parientes y amigos, para que asistiesen á los fieles pobres del Chablais: recibia con frecuencia sumas considerables en sí para este objeto, pero que eran muy pequeñas con respecto á su caridad: los católicos auxiliaban su celo hasta reducirse á pasar con lo precisamente necesario, y se veía reinar entre ellos un santo desprendimiento, que no tenia otro objeto que el alivio de los pobres.

La fama de tantas virtudes atraia todos los dias á la Iglesia algun nuevo fiel, pero aumentaba al propio tiempo el furor que los hereges tenian contra él. *¿Qué hacemos nosotros?* decian ellos, como de Jesucristo decian en otro tiempo los judios. *Hé aqui un hombre que gana insensiblemente la estimacion del pueblo: se le mira como un Apostol, y nosotros perdemos todos los dias algo de nuestro crédito. ¿Esperamos acaso á que nos haya reducido á mendigar nuestro sustento, y á que haya establecido el papismo sobre las ruinas de nuestros templos? Si le dejamos concluir lo que ha empezado vendrá el Duque de Saboya; y prevaleiéndose del corto número á que vamos á vernos reducidos, establecerá su autoridad sobre las ruinas de nuestros privilegios, y nos reducirá á una triste esclavitud.*

Una preocupacion enteramente semejante y tan interesada como esta, hizo decretar en otros tiempos la muerte del Salvador. *Mas vale*, decian los judios, *que muera un solo hombre que ver perecer toda nuestra nacion.* Los calvinistas de Tonon obraron del mismo modo con respecto á Francisco: la conclusion del racionio que acaba de contarse fué, que era preciso deshacerse de él, y que cuanto antes se hiciese seria tanto mejor.

En consecuencia de aquella deliberacion, la noche siguiente como Francisco hubiese empleado segun costumbre una parte de ella en la oracion, oyó ruido de ar-